

La fábrica de las sombras

Ibon Martín

Copyright 2015 Ibon Martín

16 de diciembre de 2014, martes

Tenía que alejarse cuanto antes. Lo sabía. Cuanto más tiempo estuviera entre los arcos, mayor riesgo correría. Sin embargo, la visión del cadáver balanceándose le resultaba hipnótica. Quería huir, escapar lejos, pero era incapaz de dejar de mirarla. Parecía increíble que una muchacha que hacía apenas unos minutos sonreía y canturreaba confiada le contemplara ahora con unos ojos tan vacíos de todo, abiertos de manera grotesca en un rostro amoratado. De alguna manera, la mirada muerta de la joven todavía mostraba la angustia de quien sabe que lo que está viendo es lo último que verá en su vida.

La niebla, que brotaba del río a aquella hora en la que la claridad del día comenzaba a ceder el testigo a la temprana noche de diciembre, flotaba entre los arcos. La larga galería, encajada entre recias paredes de piedra y con el cielo como único techo, se desdibujaba hacia el final tras el halo blanquinoso. La chica muerta estaba mucho más cerca, en la tercera arcada, allí donde un torrente subterráneo vertía sus aguas gélidas al río que discurría entre aquellas paredes, arrastrando con él una corriente de aire que era la culpable de la oscilación del cadáver.

Contempló sus facciones. A pesar de la boca abierta en busca desesperada de un aire que no llegó, se veía hermosa. En realidad poco importaba. Bonita o fea, ahora no era nada. Solo un cuerpo oscilante que le clavaba una mirada acusadora. No

sintió arrepentimiento. Tampoco necesidad de celebrarlo. Solo había hecho lo que tenía que hacer.

Sin previo aviso, el viento que llegaba por el pasadizo lateral ganó intensidad. El frío glacial se tornó más penetrante y el cadáver giró sobre sí mismo, como si quisiera encararse con la larga fila de arcos que se abría a sus espaldas. Sus ojos apagados dejaron de mirarle. De pronto no había acusaciones que afrontar, y eso, en cierto modo, le produjo una inesperada sensación de vacío.

Después de fijarse en sus propias botas, cubiertas hasta los tobillos por el agua del río, y de comprobar, sin sorpresa alguna, que el torrente seguía su curso sin inmutarse ante lo que acababa de ocurrir, alzó de nuevo la vista hacia la joven. Seguía dándole la espalda.

Lanzó un suspiro, lento y sonoro, al comprender que ya no tenía sentido estar allí.

Solo entonces logró darse la vuelta y caminar hacia la salida.

17 de diciembre de 2014, miércoles

Los últimos rayos de sol teñían de dorado el rostro de Leire, que perdía la mirada en un horizonte gris que aún no mostraba los tonos del ocaso. El paso de una trainera llamó su atención hacia la base del acantilado. Era rosa, seguramente la *Batelerak* de San Juan, su antiguo equipo. Por un momento se imaginó allí abajo, remando con fuerza, cabalgando las olas ajena al frío. Un estremecimiento le hizo arrebujarse en el abrigo. Estaba helada. Ni siquiera la taza de té caliente que sostenía entre las manos le ayudaba a entrar en calor. Como los de la Autoridad Portuaria no enviaran pronto al técnico de la calefacción, se vería obligada a mudarse a otro sitio. Al menos temporalmente.

Suspiró y dio un sorbo al té. Todavía humeaba. Sin apartarse de la ventana, recorrió el despacho con la mirada. Su portátil, apagado, ocupaba el centro de un escritorio en el que había varios papeles con anotaciones y un libro. Su atención se detuvo unos instantes en la portada. La conocía bien. Demasiado bien. Era la última entrega de su trilogía *La flor del deseo*, el único de los tres volúmenes que no había sido necesario reeditar en más de diez ocasiones. Un fracaso para su editor; una decepción para ella.

«Maldita señorita Andersen —pensó con un atisbo de rabia.»

Tal vez no hubiera sido buena idea apartarse de su brillante carrera como escritora romántica para convertir las

aventuras de la enfermera enamorada en una inquietante novela negra. Hubo lectores que le felicitaron por el giro, pero la mayoría no entendió un final tan extraño para una trilogía cuyos dos primeros volúmenes habían logrado unas ventas que se contaban por decenas de miles de ejemplares.

Sin embargo, no estaba dispuesta a volver a escribir historias de amor. Por mucho que Jaume Escudella, su editor, se empeñara, no pensaba hacerlo. A sus treinta y seis años no podía permitirse que una piedra en el camino diera al traste con sus ilusiones.

Una potente bocina volvió a llamar su atención hacia el exterior. Abajo, entre los pequeños faros de aproximación, un enorme barco de colores apagados enfilaba directamente hacia la bocana. Leire lo reconoció por sus formas como uno de los cargueros que transportaban chatarra para la industria siderúrgica de la zona. Hierros oxidados, troncos para las fábricas de papel y coches para la exportación constituían la mercancía de la mayoría de los barcos que arribaban o zarpaban del puerto de Pasaia. Desde su ventana, la escritora los veía llegar y marchar, como lo había hecho el farero desde que el faro de la Plata fuera construido en el siglo XIX con aires de fortaleza medieval.

Beep, beep.

Era su móvil el que sonaba. Tragó saliva al leer el nombre que aparecía en la pantalla.

—¿Hola? —saludó pulsando la tecla de responder. Hacía meses que no sabía nada de ella y los recuerdos que relacionaba con su nombre no pertenecían precisamente a los días más fáciles de su vida.

—¿Estás aquí? —preguntó una voz femenina que Leire conocía bien.

—¿Aquí? ¿Dónde? ¿En Pasaia? —aventuró inquieta por conocer el motivo de la llamada—. Sí.

—Estoy en la puerta. ¿Me abres?

La escritora asintió con un gesto mientras bajaba las escaleras que llevaban a la entrada. El despacho ocupaba la planta superior. La intermedia acogía su dormitorio, así como otras dos habitaciones que estaban en desuso, con todos sus muebles cubiertos por sábanas blancas. Por último, la planta baja estaba formada por un recibidor, una cocina y un salón cuya decoración parecía varada en los bancos de arena del pasado.

—Me alegro de verte. ¿Estás bien? —la saludó efusivamente la agente Ane Cestero en cuanto abrió la puerta.

—Sí, bueno, más o menos. ¿Y tú? —inquirió Leire recogiendo en una coleta su ondulada melena castaña.

—No me quejo. ¿Me invitas a un té? —preguntó Cestero quitándose los guantes de cuero y dando un paso hacia el interior del faro.

Leire se echó a un lado al tiempo que balbuceaba una afirmación. La primera vez que la agente se presentó en su casa, hacía un año, actuó del mismo modo. Solo que, en aquella ocasión, la escritora se encontraba envuelta en el terrible caso del Sacamantecas. Ahora, al menos que ella supiera, no era sospechosa de ningún crimen ni su vida corría peligro alguno.

La ertzaina entró directamente a la cocina. Conocía el camino.

—Ya no estoy en la comisaría de Rentería. La resolución del caso del Sacamantecas hizo que mis superiores se fijaran en mí —explicó dejando caer los guantes sobre la mesa—. Desde hace tres meses trabajo en la Unidad Central Criminal. Para mí se han acabado las patrullas de orden ciudadano.

—Estarás contenta —comentó Leire sin comprender aún aquella extraña visita. La ertzaina no llevaba su uniforme reglamentario. Ni siquiera el cinturón con su arma. No estaba de servicio. Sin embargo, algo le decía que su visita no era de cortesía. No, la cortesía no era el estilo de aquella policía que no llegaba a los veinticinco años y que compensaba su escasa

estatura con una determinación que, a menudo, lindaba el descaro.

—Me gusta mi trabajo. Aunque tengo que reconocer que todavía no he vuelto a investigar un caso tan enrevesado como el que resolvimos juntas —apuntó la agente mientras la escritora vertía agua caliente de una tetera ajada por el paso de los años.

Leire sintió un escalofrío al recordar la aspereza de la cuerda con la que el Sacamantecas estuvo a punto de estrangularla. Si no llega a ser por aquella mujer que ahora tomaba té en su cocina, no habría podido contarlo.

—Vaya frío que hace aquí, ¿no? —apuntó Cestero acercándose el té humeante a la boca. Al hacerlo, miró a su anfitriona por encima de la taza. Sus ojos felinos brillaban con fuerza, realzando sus tonos verdes y ambarinos. A Leire siempre le habían resultado cautivadores, casi hipnóticos; unas gemas preciosas en medio de un rostro poco armónico, ojeroso y de barbilla prominente.

—La calefacción —reconoció la escritora—. Hace una semana que no funciona y, por más que aviso, aquí no aparece nadie. Los de la Autoridad Portuaria dicen que es el termostato central. Parece que no es la primera vez que falla. Con Marcos ya ocurrió alguna vez.

Leire Altuna vivía en el faro desde que, casi dos años atrás, coincidiendo con su separación, el anterior farero se jubilara. Aunque la torre de luz estaba automatizada, los responsables del puerto habían optado por mantener la casa habitada. La única función de la escritora era actuar en casos de emergencia, cuando por algún motivo la linterna que guiaba a los barcos se apagaba y era necesario volver a ponerla en marcha en medio de la noche.

Con una mano acariciando el *piercing* en forma de estrella que lucía en la aleta izquierda de la nariz, Ane Cestero mantuvo la mirada fija en los pequeños azulejos blancos que

cubrían las paredes. Después, introduciendo la mano en el bolsillo de la cazadora de cuero negro, extrajo una hoja de periódico doblada.

—Te preguntarás qué pinto yo aquí otra vez —dijo extendiéndola.

Leire cerró los ojos al tiempo que rogaba a un dios en el que no recordaba creer que no fuera nada relacionado con el asunto del Sacamantecas. Aquello de nuevo no, por favor.

Al abrirlos, leyó el titular que señalaba Cestero.

Aparece muerta una de las responsables de la restauración de la Fábrica de Orbaizeta.

La noticia, publicada en el *Diario de Navarra* esa misma mañana, aclaraba que la investigación apuntaba a que se trataba de un suicidio. La fallecida, de veintiséis años de edad, era la historiadora que marcaba el rumbo en una ambiciosa obra que pretendía devolver cierto esplendor a las ruinas de la antigua Fábrica de Armas de Orbaizeta, en la selva de Irati.

—No ha sido un suicidio —sentenció Cestero apretando los labios en una mueca de disgusto.

Leire volvió a leer la parte de la noticia en la que se explicaba que la joven se había quitado la vida colgándose de un arco de la vieja factoría. Después alzó extrañada la vista hacia la ertzaina.

—Saioa Goienetxe no se ha suicidado. Esa obra era su mayor ilusión. Nunca había estado tan feliz —recalcó la agente con gesto apesadumbrado—. Su tesis doctoral versaba sobre la recuperación de ese lugar para convertirlo en un polo de atracción turística que revitalizara una comarca donde hoy solo viven un puñado de ganaderos y leñadores. Como imaginarás, la oportunidad que le habían brindado de llevarlo a cabo era un auténtico sueño para ella.

—¿Cómo sabes todo eso? —inquirió la escritora. Algo no le cuadraba, y no era la seguridad con la que hablaba Cestero, sino el sentimiento que ponía a cada una de sus palabras. Aquello le afectaba a nivel personal.

—Además, estaba encantada con su vida sentimental. Llevaba tres años con un ingeniero papelerero de Berastegi. Planeaban irse a vivir juntos ahora que los dos tenían trabajo. Habían empezado a construirse una casa en unos terrenos que la familia de él tiene en el pueblo. —Ane Cestero miró la vieja cocina económica de carbón, que ocupaba buena parte de la estancia aunque hacía años que nadie la encendía. Sus ojos, vacíos de pronto de vida, parecían muy lejos de allí—. No, no se suicidó. Era todo demasiado hermoso para que quisiera hacerlo.

Leire la estudió largamente antes de volver a abrir la boca. ¿A qué venía todo aquello?

—¿Quién es? —preguntó finalmente—. ¿Quién era?

Ane Cestero recogió la hoja de periódico. Mientras la doblaba, miró a la escritora con unos ojos velados por las lágrimas. Leire jamás hasta entonces la había visto llorar. Sus labios se fruncieron con rabia antes de abrirlos para decir solo unas palabras, pero las pronunció lentamente y en un tono desgarrador.

—Saioa Goienetxe era mi prima.

18 de diciembre de 2014, jueves

La conducción se volvió infernal cuando llegó a Arike. El pueblo, en el que apenas se veía luz tras las ventanas de algunas casas, guardaba la entrada al alto valle de Aezkoa. En cuanto se despidió de la carretera principal, que continuaba en paralelo al Pirineo Navarro hacia la aún lejana Otsagabia, comenzaron a caer los primeros copos.

«¡Solo me faltaba la nieve! —se dijo Leire angustiada.»

La estrecha cinta asfaltada serpenteaba hacia el corazón de la montaña junto al río Irati, del que brotaban jirones de niebla que se aferraban al fondo del valle. Frente a ellos, los focos del Peugeot 206 se convertían más en enemigos que en aliados. El haz de luz chocaba contra las partículas de agua en suspensión para convertirse en una luminosa pared blanca que impedía ver la carretera. Para colmo, los copos, que el viento arrastraba a su capricho, parecían proyectiles que se precipitaran contra el parabrisas.

«¿Quién me mandaba meterme en este embrollo? —se preguntó enfadada consigo misma.»

La respuesta brotó de su mente sin darle tiempo a terminar la pregunta: lo necesitaba. Un posible asesinato en un lugar tan recóndito como cargado de historia le parecía no solo una incógnita que pedía a gritos ser resuelta, sino también algo terriblemente inspirador. El desastre comercial de su última novela le había hecho dudar sobre su futuro como escritora. Tal vez debía tirar la toalla y volver a las historias de amor, pero

estaba harta de crear mundos irreales de mujeres que iban en pos de hombres de masculinidad perfecta y que siempre acababan en boda o alegría eterna.

La visita de Cestero, sin embargo, despertó en ella algo que si no era instinto se parecía mucho. Quería esclarecer ese caso, quería ver el escenario y hablar con quienes allí estuvieran, quería volver a sentir la adrenalina de tener al asesino al alcance de la mano, como con los crímenes del Sacamantecas. Aunque esperaba que esta vez el precio no fuera tan alto como entonces, cuando estuvo a punto de perder la vida. Y, sobre todo, quería plasmarlo en el papel, inspirar su nueva novela en este caso. Un falso suicidio, una fábrica abandonada en medio de un bosque impenetrable... Tenía un buen comienzo, no podía desaprovecharlo.

Además, estaba en deuda con Ane Cestero. De no haber sido por la ertzaina, el Sacamantecas la habría matado. Por una vez que recurría a ella en busca de ayuda, no podía fallarle.

— ¡Mierda! — masculló entre dientes al comprobar que la niebla se hacía más densa a medida que el valle se cerraba. Por suerte, la nevada había cesado. No había sido más que una falsa alarma.

No podía seguir así. Según sus cálculos, aún faltaban cuatro kilómetros para llegar a Orbaizeta; cuatro kilómetros que, en aquellas condiciones, resultarían eternos. Detuvo el 206 a la orilla de la carretera y buscó a tientas el teléfono móvil en el asiento del copiloto. Necesitaba hablar con Iñaki.

Había sido una suerte que le prestara el coche. Leire no tenía más que su vieja Vespa, con la que no se atrevía a alejarse demasiado. A veces, como gran proeza, llegaba hasta San Sebastián, a quince minutos de su faro. Hacía tres o cuatro años se le había ocurrido viajar en ella hasta Hondarribia a través de la sinuosa, pero hermosa, carretera de Jaizkibel y la aventura acabó en una grúa del seguro porque el motor se recalentaba por el esfuerzo.

El 206 de Iñaki tenía quince años y funcionaba sin problemas. A Leire le costó aceptar el préstamo. De hecho, Cestero se había ofrecido a pagarle el alquiler de un coche, pero el joven no quiso ni oír hablar de ello. O se llevaba su coche o se enfadaría de verdad.

A esa hora, cuando aún no eran las siete de la tarde, lo imaginó en Ondartxo mientras escuchaba los tonos de llamada a través del auricular. Estaría trabajando en la réplica de la nao *San Juan* mientras charlaba con Mendikute o con algún otro voluntario.

—¿Qué tal, guapa? ¿Ya has llegado? —saludó su voz cuando Leire comenzaba a temer que no atendería la llamada. A menudo, en el astillero tradicional, el ruido de martillos impedía oír nada más.

—No. Por eso te llamo. No sé encender los antiniebla.

Iñaki se rió.

—¿En mi coche? —preguntó incrédulo—. ¡No tiene! Bueno, lleva uno en la parte de atrás. En la parte delantera nada.

Leire suspiró desanimada. Era lo que imaginaba. Probó a mover la manecilla de las luces, pasando de las de cruce a las largas, y de estas a las de posición. De una u otra forma, la visibilidad seguía siendo nula, como si un implacable manto de leche cubriera de pronto el mundo.

—¿Estás ahí? —quiso saber Iñaki. Su voz llegaba ahora entrecortada por la caprichosa cobertura de los valles pirenaicos. Aun así resultaba reconfortante.

—Estoy muy cerca de Orbaizeta. No creo que a más de diez minutos, pero no veo nada. ¿Cómo lo hace la gente que vive aquí? —respondió angustiada.

—Supongo que tienen faros antiniebla, ¿no? —apuntó Iñaki—. Tranquila, será algo pasajero. No conduzcas en esas condiciones.

Leire dirigió la vista al exterior y no pudo evitar un estremecimiento. Aquello no parecía pasajero. El sonido de una lijadora automática a través del auricular la transportó por un momento al astillero. Cuánto daría por estar allí en aquel momento. Era en aquella fría nave iluminada por potentes focos de luz blanca donde había conocido a Iñaki. Durante años solo habían sido dos voluntarios más de Ondartxo, dedicados como los demás a la reconstrucción de viejos barcos, pero tras su separación de Xabier habían intimado más. Su idilio, que comenzó en pleno caso del Sacamantecas, duraba ya doce meses. Leire a veces se sentía como la protagonista de alguna de sus novelas rosas. Solo que con un poco más de sexo. Porque Iñaki era el mejor amante que hubiera conocido jamás. Tenía veintinueve años y, según él, no había estado con más mujeres de las que podían contarse con los dedos de una mano, aunque ella a menudo se quedaba con ganas de preguntarle dónde había aprendido a hacerlo tan bien.

—¿Leire? ¿Estás ahí? —volvió a preguntar su voz, devolviéndola al presente.

—Sí. Esto no tiene pinta de despejar —apuntó ella, creyendo oír un motor en la distancia. ¿O era solo el runrún del río?

—¿Cómo dices? Te pierdo. ¿Te estás moviendo?

La escritora miró la pantalla del móvil para comprobar que la llamada se acababa de cortar.

Sin cobertura de red.

—¡Mierda! —exclamó tirando el aparato al asiento de al lado.

Giró la manecilla y apagó los faros. No quería quedarse sin batería en medio de la nada. Una desagradable sensación de temor tomó fuerza en su interior al verse rodeada por la oscuridad más absoluta.

El motor que hacía unos instantes le había parecido oír se hizo más audible. Era un coche, no cabía duda. Conforme fue a

más, empezó a sentirse esperanzada. No estaba sola. Al fin y al cabo, se encontraba en la carretera que iba a Orbaizeta, un pueblo donde vivían doscientas personas y en el que habría vecinos que trabajarían fuera, de modo que tendrían que volver a casa al acabar la jornada.

El halo de luz que envolvía el coche no tardó en aparecer en el espejo retrovisor. Avanzaba despacio, pero era evidente que se acercaba. Leire pulsó el botón que accionaba las luces de emergencia y abrió la puerta. Lo detendría y le pediría ayuda. Si la llevaba al pueblo, podría dejar el coche de Iñaki en el arcén y volver a por él al día siguiente, una vez que fuera de día y la niebla se disipara.

El vehículo que se aproximaba tomó en la bruma la forma de una inquietante y enorme bola luminosa, un foco descomunal que incendiaba cada partícula de agua en suspensión. De pie junto al 206, la escritora levantó la mano derecha para pedirle que se detuviera. Solo cuando estuvo a muy poca distancia pudo reconocer los cuatro faros, dos de cruce y dos antiniebla, que le abrían paso a través de la traicionera manta lechosa.

—¡Para! ¡Para! —pidió Leire a gritos mientras alzaba ambas manos. El vehículo frenó su avance solo cuatro o cinco metros antes de llegar hasta ella, que lo entendió como una señal para que se acercara.

Apenas le había dado tiempo a dar el primer paso cuando una ráfaga de luz cegadora le obligó a detenerse. El conductor había accionado las largas. Un segundo después, mientras Leire se llevaba las manos a los ojos para protegerse, aceleró y reemprendió su camino.

—¡Para, por favor! —rogó la escritora dándole un manotazo en la carrocería cuando estuvo a punto de atropellarla.

El todoterreno no se inmutó. Continuó alejándose, dejando a Leire sumida de nuevo en una tensa oscuridad. De

pronto fue consciente del frío atroz que hacía. No podía quedarse allí.

A un primer momento de incredulidad le siguió un destello de lucidez. Aquello no dejaba de ser una oportunidad. Corrió al Peugeot y arrancó de nuevo el motor. Los pilotos traseros del otro coche todavía estaban a la vista. Le servirían de guía.

El resplandor rojizo le abrió camino entre la niebla, que se hacía más densa allí donde la carretera se aproximaba al río Irati.

De día el paisaje debía de ser hermoso, con los fresnos alineados en formación junto al cauce y los prados aprovechando los escasos espacios libres que dejaba el bosque. Porque a partir de Aribes la selva de Irati comenzaba a tomar forma. A pesar de que era más allá de Orbaizeta donde los hayedos se volvían casi infranqueables, la gran masa forestal se anunciaba mucho antes, a través de arboledas que, en aquella época del año, aparecían en su mayoría desprovistas de hojas.

De noche, sin embargo, con el termómetro del salpicadero marcando solo dos grados en el exterior y sin más luz a la vista que los pilotos rojos del coche que le precedía, a Leire no se le ocurría un lugar menos acogedor.

En una larga recta, aceleró a fondo para acercarse al todoterreno y tomar nota de su matrícula. Un comportamiento tan extraño no podía quedar sin explicación. Le costó acercarse a él. Su conductor pisaba el acelerador cada vez que se aproximaba. Cuando por fin logró tenerlo al alcance de la vista, comprobó desanimada que la niebla impedía ver la placa. Ni siquiera era capaz de ver el color del coche. Era un todoterreno, de eso estaba segura, pero nada más.

El vehículo volvió a alejarse. Antes de perderlo de vista, sin embargo, Leire se fijó en que algo ocultaba parte del piloto derecho. Estaba roto y reforzado con cinta americana o algo similar.

«Algo es algo —se dijo poco satisfecha.»

Las primeras luces de Orbaizeta no se hicieron esperar. Aparecieron poco antes que el cartel con el nombre del pueblo. La carretera no llegaba a adentrarse en el casco urbano, sino que lo rodeaba por la derecha para continuar remontando el valle hacia el barrio de la Fábrica. Al comprobar que el otro vehículo continuaba hacia allí, Leire estuvo tentada de seguirlo, pero descartó la idea. Sería una pérdida de tiempo. Nunca llegaría a atraparlo a no ser que se detuviera. Y no parecía tener intención de hacerlo.

Leire tomó su bolsa de viaje del asiento trasero y abrió la puerta del coche. Una ráfaga de aire gélido le dio la bienvenida al Pirineo. Olía a invierno; a lumbre, humedad y hierba fresca. No faltaban las notas dulzanas de las balas de heno apiladas en una esquina. Buscó su gorro de lana en la guantera y salió al exterior. Las calles estaban desiertas, aunque la luz que se adivinaba tras algunas ventanas delataba que había vida en aquellas casas de piedra con tejados en fuerte pendiente. En la más cercana, un *Olentzero* de trapo colgaba de la ventana a la que intentaba acceder para entregar los regalos navideños.

Caminó hacia un rótulo de color blanco con letras en rojo.

Hostal Irati.

Era allí donde había reservado la habitación. El único alojamiento abierto a esas alturas del año que había sido capaz de encontrar.

Conforme empujaba la puerta de madera, las palabras de Cestero volvieron a sonar en sus oídos como si la propia ertzaina estuviera junto a ella:

—Quiero que seas mis ojos y mis oídos allí.

Ane Cestero no podía inmiscuirse en un lugar que estaba fuera de la jurisdicción de la policía autónoma vasca. De lo contrario, de buena gana habría ido a hacerse cargo de la investigación, pero los requiebros administrativos en cuanto a las competencias policiales se lo impedían. Sin embargo, la ertzaina tenía demasiado claro que Saioa no se había quitado la vida y necesitaba algún indicio que obligara a la Policía Foral a replantearse el caso.

—¿Es el hostel? —inquirió Leire al comprobar que las miradas de los cinco hombres que había en el bar se posaban en ella.

—Eso dicen —bromeó el de la barra cerrando el diario y apoyando en una esquina de la cafetera el mondadientes que se sacó de la boca. Los otros cuatro habían detenido la partida de mus y la observaban con curiosidad. Dos de ellos llevaban la txapela puesta a pesar de que un fuego generoso brindaba su calor desde la chimenea.

—Tengo una reserva —anunció la escritora desdoblado el papel que ella misma había impreso.

—No te molestes —le indicó el tabernero, al que calculó unos cincuenta años y una poco disimulada afición por la bebida, como demostraban los marcados capilares de su nariz y un vaso de vino a medio beber junto a la caja registradora—. No hay mucha gente en estas fechas. Leire Altuna, ¿verdad? —dijo tendiéndole la llave.

La escritora observó conmovida que el llavero era una cola de conejo. Su tacto le llevó de vuelta al mercado de la Ribera de su niñez. No había sábado por la mañana que no acompañara a su madre a la compra, y tampoco había semana que el carnicero no le obsequiara con alguno de aquellos suaves tesoros. De vuelta a su casa en Barrenkale, Leire les cosía el aro metálico antes de salir entusiasmada a regalarlas. Desde entonces, y habían pasado muchos años, no había vuelto a ver jamás un llavero así.

Se lo llevó a la nariz y sonrió para sus adentros al descubrir que tenía aquel olor tan característico grabado a fuego en los cajones de la memoria.

«Tengo que llamarle —se dijo al recordar a Irene, su madre. Hacía días que no sabía nada de ella. Ojalá fuera señal de que las reuniones de Alcohólicos Anónimos seguían dando frutos.»

—¿Bajarás a cenar? —le preguntó el de la barra al ver que se dirigía a la escalera que llevaba a las habitaciones.

Leire miró el reloj de pared que había entre las estanterías repletas de botellas. Eran poco más de las siete de la tarde. No tenía hambre.

—No. El viaje se me ha hecho pesado —se excusó. Iba a poner el pie en el primer escalón cuando recordó algo—. ¿No sabrás quién tiene un todoterreno?

El tabernero la miró con gesto burlón antes de dirigirse a los que jugaban a cartas.

—¿Habéis oído? —inquirió—. Un todoterreno.

Leire les vio reírse y murmurar mientras negaban con la cabeza.

—Como no des algún dato más... —apuntó el que estaba de espaldas sin apartar la mirada de las cuatro cartas que sostenía con ambas manos—. Rara es la familia que no tiene uno. ¡Aquí vivimos del monte!

El de la barra apuró el vino de un trago y tomó la botella para servirse más.

—¿Qué pues? —preguntó volviéndose hacia Leire—. ¿Lo buscas por algún motivo?

La escritora estuvo a punto de negar con la cabeza y retirarse a dormir. El espejo de anís Las Cadenas que pendía de una columna le devolvía una imagen cansada de ella. Sus grandes ojos color avellana aparecían enmarcados por arrugas de crispación. Como si pretendiera realzarlo, la coleta que

recogía su melena estaba medio deshecha y varios mechones caían desordenados sobre su cara. A pesar de ello, no se vio fea.

—Uno que vive más allá de Orbaizeta, en el barrio de la Fábrica o por allí. Además, tiene un golpe en el piloto trasero derecho —apuntó con la esperanza de que pudieran ayudarlo. Tenía la sensación de que estaba perdiendo el tiempo, pero nada se perdía.

—¡A ver quién no tiene golpes! —se mofó uno de los de la mesa—. ¡Mus! —decidió tirando dos de las cuatro cartas sobre el tapete verde.

Sus compañeros dejaron caer también algunos naipes.

—Me da a mí que este va bien cargado de reyes —comentó el más joven de los que llevaban txapela señalando al que tenía a su derecha.

Leire suspiró. No iba a sacar más información de aquellos lugareños que del jabalí cuya cabeza disecada pendía amenazante sobre la chimenea.

—Lo siento pero sigue sin ser de mucha ayuda tu descripción —apuntó el de la barra negando con la cabeza—. ¿Qué pasa? ¿Has tenido algún percance con él?

—Se ha comportado como un cerdo. Me había detenido a la orilla de la carretera para pedir ayuda y, en lugar de pararse, casi me atropella —explicó desanimada antes de perderse escaleras arriba.

Mientras lograba que la llave girara en la precaria cerradura de su habitación, oyó que abajo se enzarzaban en una estéril discusión. Para unos, la actitud del conductor del coche podía merecer una sanción; para otros, entre los que reconoció la voz del propietario del hostel, era solo moralmente reprobable.

Sin detenerse a encender la luz y exhalando un suspiro de impotencia, se dejó caer sobre la cama. Aquello no iba a ser nada fácil.

19 de diciembre de 2014, viernes

El suave susurro del río no era el único que se atrevía a romper el silencio de aquel amanecer. Una motosierra lejana anunciaba que la jornada de algún vecino había comenzado antes del alba. Hacía frío. Mucho frío. Los colores aterciopelados con los que el sol naciente teñía el cielo despejado no lograban contagiar su calidez a un suelo tan cubierto de escarcha que Leire lo sentía crujir a cada paso.

Al menos no había barro. De lo contrario, la corta pero abrupta bajada hasta el cauce habría resultado complicada.

Hacía horas que estaba despierta, deseosa de que se hiciera de día para poder acercarse a las ruinas donde había aparecido el cadáver de Saioa.

Lo que todos llamaban río era en realidad un arroyo, el Legarza, de modo que no le resultó difícil caminar por él, pisando las piedras que parecían flotar sobre el agua, hasta llegar a la fábrica abandonada. La visión de la galería le dejó boquiabierto durante unos instantes. No esperaba algo así. A lo largo de casi un centenar de metros, el cauce se abría paso entre dos recias paredes soportadas por una interminable sucesión de arcos de piedra, como un magnífico túnel en el que el cielo fuera en realidad la única cubierta. La niebla impedía ver las últimas arcadas, dando la extraña impresión de que aquel largo pasadizo no acabara nunca. Por un momento, Leire olvidó el motivo que la había llevado hasta allí y contempló embelesada aquella joya de la arqueología industrial que las instituciones se

habían propuesto que volviera a ser el motor económico del valle.

El vuelo de un petirrojo, que abandonó con un rápido aleteo una oquedad de la pared derecha, la devolvió al presente. Fijó la vista en el tercer arco; aquel del que pendía Saioa Goienetxe en las fotos que le mostró Ane Cestero. El agua corría impasible a los pies de la escritora, tal como haría mientras el asesino disponía allí el cadáver. Eso en el caso de que realmente hubiera sido un crimen y no un suicidio, como defendía aún la Policía Foral.

No había nada que recordara el incidente, pero Leire tuvo la extraña impresión de que la historiadora volvía a estar allí, colgada, girando levemente sobre sí misma por efecto de la corriente de aire.

—¿Quién ha sido? —le preguntó Leire en voz alta sin apartar la mirada de allí.

La muerta, que adoptó de pronto la cara de la agente Cestero, abrió la boca para contestar, pero solo emitió un sordo lamento.

Leire se estremeció. Tenía las manos heladas. Necesitaba unos guantes. Aunque, pensándolo bien, podría aguantar el frío. Al fin y al cabo, no pensaba pasar más de un par de noches en el gélido Pirineo Navarro. Solo necesitaba dar con algún indicio que obligara a la Policía Foral a reabrir el caso, y podría volver a su faro con una historia sobre la que escribir.

Volvió a perder la mirada en el fondo del pasadizo. Los jirones de niebla bailaban y creaban juegos de luz que resultaban turbadores. Aquel lugar parecía embrujado. Luchó contra el instinto que le pedía salir de allí cuanto antes y saltó de piedra en piedra hasta la base del tercer arco. Conforme avanzaba hacia él, tuvo la sensación de que el frío se intensificaba, como si una presencia maligna devorara cualquier ápice de calor.

—Tranquila, es tu imaginación —se dijo en un intento por calmarse.

Sus palabras, apenas un siseo, reverberaron entre las paredes, que se las devolvieron amplificadas pero rotas por el sonido del agua. Entonces reparó en un pasadizo lateral, una especie de ventana que se abría entre el tercer y el cuarto arco. Estaba situado un metro por encima del cauce y, a través de él, caía un torrente de agua. Se trataba de un canal subterráneo que vertía al río tras recorrer las instalaciones de la fábrica. Al acercarse, comprobó que una corriente de aire glacial acompañaba al líquido transparente.

Apoyó la mano en la pared y la sintió áspera y húmeda. El musgo y los líquenes, aferrados a la piedra, daban un toque de color a aquel mundo gris en el que ni siquiera las rojas hojas de las hayas, que flotaban en los remansos del arroyo, lograban contagiar alegría. Alzó la vista y contempló el arco. Allí encima, sobre su propia cabeza, colgaba hacía solo tres días el cuerpo sin vida de Saioa Goienetxe. Según la investigación oficial, la historiadora había accedido al lugar desde el nivel superior de las ruinas. No había necesitado más que ligar la cuerda y dejarse caer hacia el río. El propio peso de su cuerpo se habría encargado del resto.

Un cuervo graznó cerca. Parecía que le avisara de algo. Tal vez aquel pájaro vestido del negro de la muerte lo hubiera visto todo. Leire lo buscó con la vista, pero no lo vio hasta que el ave, oscura como la noche, alzó el vuelo y se alejó aleteando entre las paredes. Con una creciente sensación de angustia, lo siguió con la mirada hasta que la niebla lo devoró. El sonido de sus alas, sin embargo, aún flotó en el corredor durante unos instantes.

Leire decidió que había tenido suficiente. Quería salir cuanto antes de aquel siniestro lugar en el que el mal flotaba en el ambiente.

En el preciso momento en que comenzaba a darse la vuelta, percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Había alguien allí, alguien que se interponía entre ella y la salida. Respiró hondo y se obligó a calmarse. Tenía dos opciones: echar a correr y atravesar toda la galería que se perdía en la niebla, o girarse hacia la salida más cercana y enfrentarse al visitante.

No tuvo tiempo de decidirlo.

—Es una pena, ¿verdad? —dijo el recién llegado. Su voz sonaba suave, casi melosa.

Leire apretó con fuerza la mandíbula y se volvió hacia él. La primera impresión fue demoledora. Iba vestido de negro de la cabeza a los pies; no desentonaba en aquel lugar. Un auténtico cuervo humano.

Él pareció reparar en su turbación y se llevó una mano al alzacuellos.

—Eugenio Yarzabal —se presentó—. Soy el párroco del valle.

La escritora esbozó una sonrisa forzada mientras luchaba por calmarse.

—Encantada. Leire Altuna —dijo tendiéndole la mano. La del cura estaba helada, pero le apretó la suya con tal firmeza que le fue imposible evitar un gesto de dolor.

—Oh, perdone. No era mi intención —se disculpó Eugenio antes de señalar la sogá—. Es terrible. Si la hubiera visto... Pobre chica, tenía los ojos tan abiertos que parecía que nos veía mientras la bajábamos de ahí.

Leire lo estudió detenidamente. Rondaría los sesenta años, algo menos quizás. No era alto, pero tampoco podría catalogarse de bajo. Las formas redondeadas que adquiriría la sotana permitían adivinar ciertos kilos de más, fruto de una vida acomodada. Las mejillas sonrosadas lo hacían parecer afable. Sus ojos no acompañaban. No mostraban emoción alguna. Contrastaban con el rictus triste de su boca, como si en

realidad no albergara pena alguna por todo aquello. De algún modo le recordaba a la mirada vacía de aquellos que, tras llevar gafas demasiados años, se operan de la vista pero nada logra devolver la expresión a sus ojos agotados.

—¿Por qué ha venido? —le preguntó el sacerdote sin ningún tipo de rodeo—. ¿Es verdad que la familia no cree que haya sido un suicidio?

La escritora dudó unos instantes, asqueada al comprender que no podría abrir la boca en aquel pueblo sin que todos sus vecinos lo supieran inmediatamente. Solo recordaba haberle explicado el motivo de la visita a la mujer que esa mañana le había servido el desayuno.

—¿Qué cree usted que ocurrió? —decidió preguntar. No pensaba permitir que fuera el cura quien llevara la conversación.

El hombre miró hacia el arco. Quizás fuera la imaginación de Leire, pero le pareció que su rostro se volvía gris, como el propio entorno.

—Este lugar esta maldito. Durante siglos, asedios, incendios y destrucción han assolado esto que hoy no son más que ruinas. Una historia espantosa. Sin embargo, nada comparado con la vergonzosa profanación de un templo cristiano que vivimos estos días. —Conforme hablaba, su voz iba ganando intensidad—. ¿Usted cree que es normal que en una iglesia vivan vacas y que el altar mayor sea un sucio abrevadero? —Esperó unos instantes con la mirada fija en ella hasta que Leire negó con la cabeza—. La ira de Dios flota sobre este lugar.

—No ha respondido a mi pregunta —le interrumpió la escritora. Cada vez se sentía más confundida. Mientras hablaba echó a andar hacia la salida. El ambiente se le hacía cada vez más opresivo.

—¡Le parecerá a usted que no es respuesta! —protestó Eugenio siguiéndola sin preocuparse por pisar sobre las piedras

que asomaban sobre el agua—. Esa chica pretendía recuperar estas ruinas, convertirlas en un imán turístico según sus propias palabras, pero en ningún caso se planteó rehabilitar la iglesia como lugar de culto. —Hizo una pausa mientras subía por el talud—. Le advertí de la ira de Dios, de la necesidad de restablecer los bienes de la Iglesia, pero no quiso escucharme. La maldición cayó implacable sobre ella. ¿Le extraña?

Leire lo miró desconcertada.

—¿Sabe quién la asesinó? —inquirió.

Eugenio Yarzabal esquivó su mirada.

—Esa joven se quitó la vida. No la mató nadie. Solo la ira divina.

Habían llegado a la explanada superior, que ocupaban las ruinas de la Real Fábrica de Armas. Aquí y allá, decenas de muros derruidos y construcciones en precario equilibrio se extendían en un recuerdo de lo que un día fuera la mayor factoría de Navarra. La maleza y el musgo devoraban las paredes de piedra, en las que se abrían puertas y ventanas que ya no llevaban a lugar alguno. Más arriba, en un tercer nivel al que se accedía por escaleras de piedra, se abría una plaza estrecha y alargada. Uno de los laterales mayores del rectángulo lo ocupaban las ruinas y el otro una hilera de viviendas destinadas antiguamente a los operarios del complejo. Dos coches aparcados ante ellas delataban que estaban habitadas.

La plaza era en realidad todo el barrio. Fuera de ella solo había un puñado de caseríos solitarios, situados a la orilla de la carretera que llevaba a Orbaizeta.

La iglesia cerraba aquella explanada en uno de sus laterales estrechos. Era un templo sin grandes pretensiones, levantado en su día para que los trabajadores de la factoría no tuvieran que caminar más de una hora hasta la misa más cercana, la de Orbaizeta. Cuanto menos tiempo perdieran, más podrían dedicar a trabajar.

Sus ventanas estaban tapiadas con ladrillos y varias balas de heno se apilaban junto a la puerta de entrada.

—¡Es una vergüenza! —protestó Eugenio al ver que la mirada de Leire se detenía allí—. ¡La Casa de Dios convertida en un miserable cobertizo para el ganado! ¡Hasta cerdos tienen!

Mientras hablaba, un hombre salió del interior. Vestía un buzo azul y un gorro de lana. Tras él apareció una vaca y después otra, y otra más. Así hasta una veintena de animales que siguieron al pastor. No se molestó en saludarles antes de perderse por el camino que vadeaba el río para encaminarse hacia los pastos. Algunas vacas, en cambio, se detuvieron y estudiaron interesadas a los intrusos antes de alejarse.

—Hace cuarenta años que el obispado me destinó a este valle —explicó el cura alzando el dedo índice a modo de advertencia—. Desde entonces, no ha habido un solo día que no haya luchado para que esta aldea recupere su iglesia. Así lo quisieron quienes levantaron la Real Fábrica de Armas y así lo quiere nuestro Señor. Y créame que no pienso morirme sin recuperar esta cochiguera como suelo sagrado —enfaticó moviendo el dedo categóricamente.

Leire comenzaba a aburrirse del monólogo de Eugenio Yarzabal.

—¿Y Saioa qué tenía que ver con todo eso? Ella solo dirigía la obra con el fin de abrir el complejo al turismo —objetó.

—¡Le parecerá poco! —Aunque el sacerdote gesticulaba enérgicamente, sus ojos seguían fríos, inexpresivos—. Nunca hasta ahora había habido una oportunidad mejor para restituir el templo a su verdadero dueño, pero ella no quería hacerlo. Creo que era comunista, ¿sabe? De Podemos o algo de eso. Cada vez que se lo pedía, me decía que no estaba aquí para eso y que la Iglesia ya tenía demasiados bienes, que no dejaría de ser rica por contar con un templo menos.

—Razón no le faltaba —masculló la escritora.

Los últimos rastros de amabilidad que quedaban en el rostro del cura se borraron al comprender que tampoco encontraría una aliada en la recién llegada.

—No es cuestión de riqueza —protestó llevándose la mano al alzacuellos para comprobar que estaba bien colocado—. Lo que aquí está en juego es el respeto y la honra al Creador. Es absolutamente inconcebible que su casa haya sido convertida en un sucio establo. ¡Es inadmisibile!

Leire recorrió el perímetro de la fábrica con la mirada. Al otro lado del río, en una pequeña explanada, media docena de casetas de obra se alineaban formando un moderno pueblo metálico que rompía la armonía del entorno.

—¿Dónde están los obreros? —preguntó señalando hacia allí.

Eugenio Yarzabal torció el gesto, disgustado por el cambio de tema.

—Todavía no han llegado. Tengo entendido que comienzan esta semana. Ahora bien —recalcó haciendo una larga pausa para abrir la puerta de su coche—, con el suicidio de la historiadora, tal vez haya quedado todo en agua de borrajas. ¿No le parece?

Leire creyó adivinar un tono burlón en las últimas palabras del cura.

Con la mirada fija en el Renault Clio blanco que se llevaba al religioso del recinto de la fábrica, comprendió que, antes o después, tendría que volver a hablar con el padre Yarzabal.